

El valor de la persona

Fernando Pérez de Blas

Licenciado en Filosofía.

El hombre tiene valor, no precio; las personas tienen valor y las cosas tienen precio. El valor de la persona es absoluto, no relativo. La persona es sujeto y no debe ser tratada como objeto. Mientras las cosas tienen precio, las personas ponen el precio porque valen, de ahí que ellas sean la medida y lo mensurante, no lo medido (*El hombre: imagen de Dios*, C. Díaz, México, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 2000, p. 31)

La persona es un ser de valores, que vive en los valores, realiza valores y remite a un valor. Si los hombres podemos hablar de valor, en definidas cuentas es porque lo somos. Todos, sin excepción. Aquí no hay reglamentos que deroguen la ley, concretizando el principio abstracto. La validez de la persona es absoluta, en cuanto creatura consciente de su propia dignidad. Entonces, ¿por qué encontramos tanta infravaloración del hombre, por qué es extensión ad infinitum de las tácticas despersonalizadoras? Porque a los hombres se les ha puesto un precio. Todos recordamos los carteles que llenaban los pueblos del Oeste en los films clásicos: Se busca, 1000 \$. Esos forajidos tenían

un precio, siendo como eran personas, pues ya vimos que no hay excepciones en este terreno. Si en el mundo salvaje del Far West mandaba algo era la ley del revólver y el talego de monedas. Gracias a Dios hubo hombres muy dignos en ese ambiente, como H. D. Thoreau; en este terreno la excepción confirma desgarrando la regla.

Ámbitos de devaluación de la persona

Encontramos pisoteada la dignidad del hombre en muchos espacios de la vida, en un proceso acumulativo tendente a la cristalización, dejando a la persona como fósil de sí misma:

a) Económico: La persona es una mercancía, hasta tal punto que la dignificación del trabajo termina siendo un suplicio. Temporalidad, escasez programada, salarios a la baja, contratos sin ley, incumplimiento de los consensos sociales... Una larga lista derivada de la concreción capitalista: un régimen de libertad no acepta el principio de ésta: la igualdad. El capitalismo sabe que sin unos mínimos la

libertad es un ideogema calentito para ser explotado a favor de los potentados. La apropiación originaria remite a la actual propiedad de la libertad, de modo que la persona pierde su dignidad en el trasiego laboral, perdido en miles de puestos de trabajo sin poder realizar ni su vocación ni su libertad.

En el plano global, el Norte degenera en la abundancia, mientras el Sur lo hace en la miseria. La pobreza no admite lugar en el capitalismo. ¿Qué hacemos teniendo en cuenta a los pobres, hacernos todos pobres, perder el tren del progreso? Pues sí señores del dólar, porque esas gentes necesitan pan y agua, tractores y fábricas para que veamos su dignidad. ¿Su Bolsa y sus valores no le dejan dormir? Mire al Sur, porque la gente se despierta de la somnolencia provocada por la hambruna sabiendo que su estómago permanecerá vacío a tiempo completo. El primer carnet de persona es una billetera rebosante de dólares y un buen paquete de acciones, sin mirar al de atrás, por si nos quedamos petrificados.



Detalle del *Retrato alegórico de la señorita Vanguardia*. Equipo Crónica (Rafael Solbes y Manuel Valdés)

- b) Político: La persona es un voto. Para el político medio no es más. Desinformación a manos llenas, que los pobrecitos ya tienen bastante con buscarse el pan, ¿cómo van a comprender los retruécanos de la formalidad democrática? Las personas no pueden colaborar en política sin un carnet. Es el precio que pagamos si deseamos trabajar institucionalmente. De nuevo, jerarquías entre personas.
- c) Legal: La persona es ciudadano. Otro carnet lo justifica. Las constituciones habidas —¿y las por haber?— proclaman ser ley de ciudadanos, nunca de personas. En el fondo reconocen que la personalidad es más profunda que la nacencia contingente. Pero a la vez sustituyen el estatuto ontológico de persona por el de ciudadano. Los códigos penales hablan de personarse en los procedimientos, pero ¿acaso éstos no son procesos de despersonalización que buscan la simple presencia física, domoñando la presencia moral? La persona es española, vasca, francesa, catalana o, por otro lado, moroso, violador, asesino, ladrón. Etiquetas que olvidan la dignidad, justificando penas de muerte y otras aberraciones. La cárcel, por ejemplo, no tiene entre sus muros personas, sino individuos físicos. Por eso no reinserta, sino que provoca la reincidencia. Por lo mismo aquel que no es ciudadano y además es trabajador inmigrante directamente es limpiado, secado, empaquetado y devuelto vía urgente. No tiene ningunos de los carnets especificadores, ni es necesario para la urdimbre económica. Por ahora al menos, ya se le avisará cuando se le necesite. Frente a ello braman desde el cielo las pancartas: «Ninguna persona es ilegal». En un mundo de reivindicaciones absurdas, esta es la frescura de la verdad.
- d) Familiar: «Vales lo que disfrutas. Déjame vivir mi vida, que yo valgo lo que mis juergas de sociedad». Querido amigo, vales menos cada día que pasas perdido voluntariamente, inconsciente de tu propia dignidad. Cuando quieras darte cuenta, perderás hasta tu vida. Hay que educar para la vida, pues si dejas a los hijos vivir sin sentido, al final nos desviviremos todos. En las familias se deja la dignidad en un segundo plano, el diálogo respetuoso perdido en la vorágine del necesito más. A medida que se hunde la dignidad en el querer cosas, los lazos religantes de la familia se cortan y permanece un caos sin sentido.
- e) Moral: La persona, con su cartera llena de carnets, tarjetas y otros cratismos del buró, va diluyéndose. El aborto, las violaciones, crímenes, prostitución... todo vale, porque el dinero se mueve por sus intersticios. El culto al cuerpo, a sabiendas que no hay eternidad, ni tan siquiera ideologías, me permite gastarme millones en operaciones estéticas o en cuadros para hacer la pose esteta, cuando la inmensa mayo-

ría de las personas no tienen sino una gran vacío estomacal. El hedonismo utilitarista, la felicidad a precios de mercado y una retórica de lo light, no admiten la imagen del dolor, ni mucho menos su realidad. ¡Qué trabajen como yo para comer! —exclama el pobre posmoderno, rico hasta la exuberancia en cosas, mientras se regodea por engañar a los compañeros con su vagancia o de robarlos con su buen puñado de destajos y horas extras.

Hubo un tiempo en que Nietzsche intentaba reconstruir la vieja jerarquía de valores desde una perspectiva superhumana. Desgraciadamente no lo supo hacer. Con su obra como excusa se produjo una ingente infravaloración del hombre, y con los años la desaparición de toda jerarquía. El hombre vale lo que tiene, no lo que es. Conocemos a alguien y preguntamos qué haces, no quién eres.

Frente a este panorama desolador, proponemos un valor hecho virtud en el compromiso. La virtud por sí misma no adquiere sentido sin el otro. Por ello el amor será el eje de una nueva moralidad, pues el sabio aristotélico ebrio de virtudes dianoéticas, o el virtuoso estoico viviendo de acuerdo con el lógos, son superados en la ética cristiana de la donación al prójimo. Y escuchemos bien: digo cristiana, no democristiana, vaticana o cardenalicia. En la Iglesia todos somos personas y hay que fomentar el amor igualitario, no la obediencia irracional. Necesitamos reflexionar todos para hacer verdadera vida el mensaje de Cristo. Pensar y dialogar con otros ámbitos de reflexión, no sólo con el catecismo en la mano. En fin, renovación perpetua del mensaje pristino de Dios a través de Cristo: amar al prójimo como a ti mismo. En su versión racionalista: no hagas al otro lo que no desees que te hagan a ti. Señor empresario de misa dia-

ria: ¿desearía usted que le amaran tanto que cuando no tiene qué comer le vendan armas?

El cristianismo se construyó destruyendo el concepto jurídico de persona propio de la época romana. En esa tarea hemos de seguir, adivinando valores presentes en la realidad, porque nada hay



más contrario al valor que su subjetivismo. Haciéndolos nuestros en la vida cotidiana, en la revolución cotidiana. Sabiendo que sin justicia el amor es una utopía, y sin amor la justicia un simple intercambio distributivo, que no es poco, pero tiene que ser más.

Cualquier jerarquía de valores que no tenga el amor liberador (incluso libre, bien entendido) en su gozne, será puerta cerrada a la persona, tenderá a empequeñecerla, a rebajarle su dignidad.

Y todo esto, que no por repetido deja de ser necesario saberlo, se encuentra ya en Kant:

En el reino de los fines todo tiene un precio o una dignidad. Aquello que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente; en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y, por tanto, no admite nada equivalente, eso tiene una dignidad.

Lo que se refiere a las inclinaciones y necesidades del hombre tiene un precio comercial; lo que, sin suponer una necesidad, se adecua a cierto gusto, es decir, a una satisfacción producida por el simple juego de nuestras facultades sin fin alguno, tiene un precio de afecto; pero aquello que constituye la condición para que algo sea un fin en sí mismo no tiene un valor meramente relativo o precio, sino que tiene un valor interno, es decir, dignidad.

[...] La moralidad y la humanidad en cuanto que es capaz de moralidad son lo único que posee dignidad (*Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, E. Kant, Madrid, Espasa, 1999, p. 112)

Sin aceptar la categorización, tendemos a aceptar que la persona es lo único testificador de dignidad. Precisamente por ello duele más su utilización como simple objeto de uso o cambio, así como el comercio con sus afectos. Porque si la persona tiene dignidad, ¿acaso no debería tenerla todo aquello que hace, cree, quiere, sabe? Hacia ello debemos caminar, con el amor y la crítica como principios. Sabiendo que los valores brillan en su propia ausencia, como añoramos al ser querido en la distancia o en la muerte, pero no dejamos de amarlo ni vaciamos nuestra alma de su presencia.

Con el Evangelio en la mano hacia la utopía, de nuevo con el hermano Kant:

Esa ley de leyes presenta por lo tanto, al igual que cualquier precepto moral del Evangelio, la intención moral en su plena perfección tal como, en cuanto un ideal de santidad, es inalcanzable por ninguna criatura, constituyendo sin embargo el arquetipo al que debemos tender a aproximarnos e igualarnos en un progreso ininterrumpido pero infinito. (*Crítica de la razón práctica*, E. Kant, Madrid, Alianza Ed. 2000, p. 178).